

LA CULTURA VISUAL DE LA DISCRIMINACIÓN: EL FACTOR DISCRIMINADOR Y SU POTENCIAL DE DIFERENCIA

CARMEN CARES MARDONES Y MARTA LOI

UNIVERSITAT DE BARCELONA

carmencares@gmail.com y martital123@hotmail.com

RESUMEN

El interés por conocer más de las manifestaciones juveniles, (sus orígenes, procesos y resultantes), principalmente desde la preocupación por su cercanía con las imposiciones del mercado y el replanteamiento de la educación formal en torno a un adecuado abordaje de esta problemática, ha desembocado en la formulación de proyectos y formación equipos de investigación dedicados a establecer conexiones que permitan indagar desde el campo de la cultura visual un acontecer que se radica en la configuración de una sociedad cada vez más saturada de imágenes.

Este documento, realizado en el marco de las II Jornadas Investigar con Jóvenes, en Pamplona, recoge nuestras experiencias conversando con jóvenes productores de cultura visual en una céntrica plaza de la ciudad de Barcelona. Desde una inicial posición como espectadoras, y una posterior disposición a investigar, centramos estos encuentros en reconocer las condiciones bajo las cuales estas manifestaciones culturales llegan a ser visibles para los transeúntes en una ciudad como Barcelona. El resultado de esta investigación denota nuestra mirada de espectadoras y hace patente la necesidad de cuestionar las manifestaciones juveniles desde distintos ángulos, y no sólo desde el establecimiento crítico hacia las nuevas condiciones sociales. Comprendiendo con ello la trascendencia de abordar estos estudios sin olvidar la continua latencia de determinados factores de organización social que, aún cuando en la actualidad se articulen de una forma distinta, emergen detrás de cada intento por diferenciarse de otros.

Contemplando la dimensión que este tema tiene, y exponiendo nuestra intención de abrir nuevos espacios de discusión que permitan ampliar estos estudios, nos concentramos en dos conceptos que hemos considerado claves para la vitalización de estos jóvenes como productores de Cultura Visual en Barcelona: Discriminación y espacio. Conceptos a los cuales hemos llegado a través de sucesivas entrevistas informales realizadas en una plaza pública en la que se reúnen los fines de semana al atardecer.

Palabras clave: cultura visual, jóvenes, discriminación, diferencia, espacio.

ABSTRACT

The interest in knowing more about the young's demonstrations (their origins, processes and resultants), mainly from the concern about their proximity to the market's impositions and the rethinking of formal education towards an appropriate management of this problem, has led into projects' formulations and research-teams' training focused on establishing connections which make possible, from the visual culture's perspective, the investigation of a happening that lies in an increasingly, image-saturated society's configuration.

This document, compiled as part of the Second Conference of Youth Research, Pamplona, reflects our experiences from dialoguing with young visual-culture producers in a central square, in Barcelona. From an initial position, as spectators, and a latent willingness to investigate afterwards, these meetings focus on recognizing the conditions under which these cultural expressions become visible to passerby in a city like Barcelona. This research's conclusion indicates our view as spectators, and it clearly reveals the need to question the young's demonstrations from different perspectives, not only from a critical point towards new social conditions. Understanding the importance as studying these issues has, without forgetting the latency of some social organization's factors, even if they're now articulated in a different way, they emerge behind every attempt to differentiate themselves from others.

Contemplating this issue's extent, and displaying our intention to open new discussion areas that will expand these studies, we focus on two key concepts which we consider important for these Visual-Culture young producers' visibility, in Barcelona: discrimination and space. Concepts to which we have come through informal interviews conducted in a public square where they meet on weekends at sunset.

Key words: visual culture, discrimination, space, difference, youths.

INTRODUCCIÓN

En el marco de las II Jornadas Investigar con Jóvenes, realizada en Pamplona, presentamos esta investigación que refleja nuestras conclusiones en torno a la producción de cultura visual por parte de un grupo de jóvenes que se reúnen a compartir los fines de semana en Carrer de Tallers. Esta investigación estuvo movilizadora por un inicial rol de espectadoras frente a la puesta en escena de las manifestaciones de estos jóvenes, a lo cual adicionamos nuestra mirada como incipientes investigadoras. Considerando que nuestro encuentro con ellos, sin ser azaroso, estaba teñido por las influencias mediáticas y culturales en torno a la idea de “joven”, decidimos considerar que nuestra posición no podía establecerse en otro lugar más que en la calle misma donde esta relación de espectador y observado se hacía patente. Un posicionamiento que nos ha otorgado la posibilidad de definirnos y definir el curso de nuestra investigación.

Colocarnos bajo la lupa de los estudios de cultura visual fue un primer paso necesario para comprender que nuestra mirada hacia ellos es construida. Reconocer que los sujetos de investigación hablan también de quién investiga. No hay una imagen sin observador/a. De esa forma se difumina la dicotomía entre observador y observado, y la distancia que históricamente ha existido entre investigador e investigado. Implica por tanto abandonar la idea de objetividad de la observación e incorporar la propia mirada, asumir que con nuestra forma de ver se está elaborando un relato conjunto, variable y cuestionable, fuera del sometimiento de los procesos de verificación. *“Cualquiera de nosotras podríamos ser un individuo para algunas cosas y no para otras. La función trata de la acción”* (Haraway, 1995: 371-372).

¿Cómo se hacen visibles para nosotros estos jóvenes? ¿Por qué lo vemos tan distintos, y qué necesidad se oculta tras la exacerbación de sus estéticas?

Cómo espectadoras, estas iniciales preguntas nos llevaron a buscar algo más que lo evidente en lo que observábamos, y a considerar que sus manifestaciones son el resultado de la conjugación de diferentes componentes que las articulan y las hacen patentes. *“La infancia es una construcción social que actualmente habla más de quien mira que de aquel que es mirado”* (Sandra Carli, 1999: 30). ¿Desde dónde miramos a estos chicos y chicas? ¿De qué forma nos colocamos como interlocutoras?

Es ese el foco central de esta investigación, entregar algunas luces de cómo hemos llegado a considerarlos productores de cultura visual desde el parámetro de lo netamente observable, como espectadoras de una escena que identificamos como creación sin someter este hecho a la máquina de la producción. Aun cuando no desconozcamos que su estética puede ser objeto de un aprovechamiento comercial, o estar sometida a cuestionamientos de autoría.

Desde esta misma perspectiva contemplamos que estas manifestaciones estéticas tienen un origen que no está solamente delimitado por la necesidad de una identidad personal, que de eso tiene mucho, sino que además están asociadas a la preexistencia de antecedentes sociales demarcados por la interacción humana entre diversos individuos.

Proponer una teoría de cómo surgen las estéticas juveniles es sumergirse no sólo en lo evidente, sino además indagar en las posibilidades u oposiciones que entrega el medio para que eso suceda. Por esa razón nos parece necesario insistir en desvelar que la actual insistencia (a veces agobiado-

ra) por investigar sobre y con jóvenes desde los estudios de Cultura Visual, si bien tiene un factor de preponderancia observable, muchas veces puede actuar como recidiva de evidenciamiento crónico. Por lo cual es imperante, sobre la base de esos conocimientos ya cimentados, profundizar en ellos para considerar en que influye la presencia de ciertas enfermedades sociales en su producción de Cultura Visual.

Colocarse como un sujeto múltiple supone entender que no hay una única mirada, sino que se entrelazan opiniones, juicios previos y a posteriori, consideraciones de dos personas que pueden presentarse como estudiantes de un máster en artes y educación, como profesoras a ratos, como hijas de, hermanas de, amigas de. Podríamos seguir enumerando identidades, pero lo importante tal vez sea lo que surge de cada posicionamiento: el intercambio de sensaciones e ideas. El miedo a entablar el diálogo con desconocidos y menores de edad. Reconsiderar anticuados estereotipos sobre las edades. Reflexionar sobre lo que significa “ser diferente”. Cuestionar los binarismos. Crear nuevos espacios de relación en los cuales salen las voces de quienes son objeto de investigación. Y en relación a esto las eternas dudas sobre el paternalismo: ¿A quién eliges dar voz y porqué? ¿Desde qué posición le das voz? ¿Puede ser la Cultura Visual una herramienta de visibilización? Estas y otras cuestiones nos han acompañado durante nuestro trabajo con los chicos de Carrer de Tallers.

¿SON LOS JÓVENES PRODUCTORES DE CULTURA VISUAL?

En los últimos años han nacido numerosas investigaciones vinculadas a conocer con mayor amplitud los alcances de la identificación cultural de los jóvenes; su relación congénita con las redes sociales de internet, su capacidad de generar propuestas estéticas alternativas a la moda, y la anarquía con la cual se presentan ante la sociedad.

De la mano de una prolífica entrada de los estudios de Cultura Visual al campo social, todo lo observable es objeto de análisis, considerándose que toda producción de imágenes es un referente para comprender las acciones sociales, y quienes las producen se convierten inmediatamente en sujetos cuestionables. Bourdieu (1993) habla sobre la “creación desinteresada”, enunciando la existencia de creadores que no reciben ingreso por sus obras, y que encontrándose en la vanguardia o el arte experimental proveen a otros productores con sus ideas revolucionarias. Estos creadores no buscan ser beneficiados económicamente, sino que el reconocimiento de sus pares es ya su paga. Esta idea de Bourdieu, en asociación con la silenciosa producción de ciertos jóvenes a nivel estético, nos entrega la certeza de que aún cuando no sean ellos reconocidos (y no se reconozcan a sí mismos) como productores, sí lo son como creadores, en el sentido que Bourdieu identifica a quienes surten a otros con su creatividad.

Hay quienes analizan ya esta situación de creación y producción, bajo los mismos códigos de hurto ignorado (Difícilmente podríamos identificar quién originó una tendencia estética, sólo podemos intuir que nace en la calle y no dentro de las fábricas, de ahí la existencia de los “cool hunter”) por los creadores, tachando a la industria de aprovechadora, pues se surte de las ideas de los jóvenes y las vuelve comercializables a nivel masivo. De esa forma los convierte en consumidores desmedidos de sus propias tendencias. En el Congreso Iberoamericano de Educación, realizado en Buenos Aires, se presentó un estado de la cuestión por parte de varios investigadores asociados a la Universidad de Navarra y Edarte (Aguirre, et al., 2010) quienes expusieron su preocupación por las actuales políticas de la industria y el cómo abordar este tema desde la educación, considerando para ello

la identificación de los jóvenes con estéticas comerciales y el uso masificado de instrumentos tecnológicos a nivel comunicacional. Aún cuando esta experiencia está centrada en Latinoamérica, advierten que no difiere mucho de la situación en España, por lo cual sus consideraciones tienen una pertinencia notable para referenciar un punto de partida a nuestra investigación. Por otra parte, los estudios realizados desde la Cultura Visual al ámbito de la Educación son muy importantes para evidenciar la necesidad de revisar las prácticas y adecuarlas de forma sustancial al nuevo escenario que circunda a los niños y jóvenes. Fernando Hernández (2010) pone de manifiesto la inherente relación entre Cultura Visual y Educación Artística, y lo imprescindible que es reflexionar las prácticas educativas sobre la base de la comprensión de la Cultura Visual, dado su carácter transdisciplinar y el lugar que está ocupando como tema en las Ciencias Sociales. Esto nos lleva a considerar que el creciente interés por observar todas las prácticas sociales bajo la lupa de la Cultura Visual, tiene su asidero en un reconocimiento de las influencias que tienen las imágenes en la configuración de nuestras formas de ver el mundo.

Con todas las consideraciones que han emergido sobre Cultura Visual; creación y producción, se establece un marco de relevancia al trabajo que se está desarrollando en el campo y se posiciona en un ángulo de aplicabilidad a toda la esfera social. En el caso específico de la producción de Cultura Visual juvenil, se ha esclarecido que desde el arte existen ya antecedentes de una falta de reconocimiento de quienes son muchas veces los generadores de una tendencia o estilo. Por lo tanto, entregar evidencias en torno a si es el mercado el que provee de estéticas de consumo o son los jóvenes quienes las crean y el mercado se las devuelve etiquetadas, es complejo y por lo demás innecesario.

Tras esta relación de creación, producción y consumo, emerge una problemática mucho más antigua y refractaria, que está por sobre las lides del mercado y fuera de las disputas de autoría: la necesidad de exacerbar la diferencia para escapar de la discriminación.

CARRER DE TALLERS

Nos acercamos a una plaza ubicada en Carrer de Tallers, en la ciudad de Barcelona; un punto de encuentro que reúne a jóvenes muy diversos en cuanto a su estilo de vestir, lo que fue un claro indicador de que estábamos frente a un grupo con el cual investigar y conocer de Cultura Visual juvenil. Inicialmente nos dedicamos a observar, la mixtura de simbologías habría sido a los ojos de los puristas una herejía visual, para nosotras un puntapié a todo lo establecido y un remezón a las convicciones tradicionales que se asoman como fantasmas en otras calles de Barcelona. No existía una unidad a nivel de estilo, un núcleo regulador, una voz cantante que marcara los límites de un movimiento enfrascado en lo convencional o la vanguardia. Más de cincuenta personas comunicándose, mezclándose, divirtiéndose, pasando un momento antes de ir al siguiente sitio, sin la intención de proyectar una imagen común. Todos los movimientos sociales han intencionado estéticas de representación diferenciadora de otras, pero en este “paraíso” híbrido lo dogmático queda fuera. La supuesta fortaleza que confiere el carácter de grupo homogéneo se destruye sin pudor: pin up, punkies, raperos, góticos, anárquicos varios, revueltos o solo juntos, en un espacio que comparten con quien quiera aun cuando el sentido de pertenencia se respira en el aire.

El acercarnos a conversar, incluso cuando nos habían visto en varias oportunidades, no fue fácil. Al temor de no poder explicar con claridad que deseábamos saber se nos sobrevenía su estética coloreada imponente, la tensión de entrar a un círculo cerrado que pensábamos no nos permitiría

entrar y la vaga idea de que estábamos entrando en un mundo extraño, ajeno e incluso peligroso. Estábamos más cerca de lo creíamos de la modelación cultural normativa hegemónica, porque no solo nos encontramos con jóvenes amables sino llanos a entregarnos información, hábiles para comunicarse oralmente, abiertos a compartir con otros distintos, y sobre todo orgullosos de ser diferentes y mostrarlo. Registramos nuestras conversaciones con ellos a través de notas reflexivas, compartimos entre nosotras y comentamos con ellos y ellas nuestra apreciación. A partir de estas experiencias definimos dos conceptos claves: discriminación y espacio, que nos han servido de soporte para la construcción de una reflexión en torno a las influencias de las estructuras sociales hegemónicas en el desarrollo de una cultura visual juvenil.

EL FACTOR DISCRIMINADOR

La característica esencial de toda marginación es la afirmación y la consolidación de las diferencias y desigualdades estructurales, que producen discriminaciones variadas entre las personas y grupos dentro de un sistema. Socialmente tenemos la inclinación a homologarnos, a restringir nuestras individualidades al marco perimetral de lo obvio, lo armónico, lo pertinente. Todo aquel que sea visiblemente distinto, actitudinalmente inadecuado, y que propicie una ruptura a la rígida esfera de lo concreto, lo real y lo acomodaticio, corre el riesgo de ser erradicado de los espacios de convivencia y destinado a ocupar otros lugares para desenvolverse con otros igualmente distintos. La cultura es una estructura irrestricta, pero aún así establece la necesidad de parapetar sus límites en cuadrículas de identificación, porque de esa manera la sociedad en su conjunto puede regular sus conductas y restringir aquellas actitudes fuera de norma.

Dentro del mismo mundo de la marginación nos encontramos generalmente con una heterogeneidad notable: las distintas tendencias de las diferentes personas y grupos afectados por el proceso de marginación social hacen que se pueda hablar de un carácter pluridimensional de este fenómeno. Esta característica, también conocida en ámbitos sociológicos como *heterogeneidad cívica* (Simmel, 1903), permite que se establezcan unos contactos selectivos entre los sujetos marginados: se vuelve posible que haya una relación entre personas que en principio no se necesitan. El sociólogo Hans Paul Bahrdt (1970) en relación a esto, habla del concepto de *integración incompleta*, que hace posible estos contactos inesperados y permite que las personas se puedan relacionar a pesar de su diferencia. Esto ocurre porque en principio la relación es funcional, lo cual significa que no hace falta implicarse del todo.

El proceso de marginación social se produce en todo sistema organizado con poder, a través del cual el desorden establecido (situación de la sociedad en que el orden social se fundamenta exclusivamente en lo económico y cuya vigencia degrada a la persona), a través de sus mecanismos funcionales, afirma y consolida las desigualdades sobre las que se asienta el propio orden social, reforzando así la solidaridad de los demás grupos sociales. Si hay un oprimido es inevitable hablar del opresor. En términos generales gran parte de la sociedad muestra dificultades a la hora de relacionarse con lo diferente, por mucho que se intente promover la idea de libertad e igualdad. Tal vez haya que cambiar igualdad por equidad. Es evidente que no todos somos iguales, que la riqueza podría residir en la diferencia, sin embargo también es evidente que los derechos y el respeto no se reparten de forma equitativa. Burke (2010) dice que aceptar lo ajeno provoca conflictos y que se genera una estrategia de *resistencia* para proteger las fronteras culturales de una invasión, pues en este caso es una suerte de autoinvasión, en la que individuos de la misma cultura pero con otros intereses pretenden, no invadir necesariamente, sino existir en libertad.

La sociedad se nutre de información manipulada por las instituciones, de discursos hegemónicos que se expresan no sólo a través del lenguaje, sino también a través de las imágenes y de la estética. Uno de los procesos de subjetivación que tenemos los seres humanos es el cómo nos mostramos al mundo: qué elegimos ponernos, cómo nos peinamos, en definitiva qué hacemos con nuestra estética personal. Si ese proceso es conducido desde arriba para crear un supuesto orden y una sociedad civilizada, como consecuencia tendremos que quien no se adecúe a la norma caerá inevitablemente en un mecanismo más o menos fuerte de exclusión social, con todo lo que esto conlleva. Este efecto va acompañado de una serie de estereotipos y creencias compartidas que hablan no sólo del objeto de la mirada, sino del sujeto que mira.

“Cuando vas vestida toda de negro, la gente te mira mal. Lo asocian a satanismo o a otras cosas... Aunque lleves en la ropa símbolos que no tienen nada que ver con eso... también piensan que eres un delincuente”.¹

En nuestro trabajo de investigación nos hemos encontrado con un grupo heterogéneo de adolescentes que, a través de su manera de hacerse visibles, cuestionan la estética dominante de nuestra sociedad. En términos foucaultianos podríamos hablar de *lucha contra las formas de sujeción* (Foucault, 1983), que se pierde en cuanto hay un ejercicio de poder. Sus posibles acciones, en ámbitos como el escolar y el laboral, pueden ser estructuradas por la forma en que la sociedad, guiada por la hegemonía institucional, se relaciona con estos grupos de personas diferentes. La estética dominante y considerada correcta, adecuada, choca frontalmente con sus estrategias de resistencia, sean ellos conscientes o inconscientes de ponerlas en práctica y de crear un espacio diferente, una *heterotopía* (Foucault, 1966).

EL ESPACIO DE ASILO

La ciudad se conjuga hoy como un híbrido impersonal, ficticio y derrochador. Las moles de concreto, las grandes autopistas, los edificios antiguos conservados a modo de *in-memorial* de un pasado urbano cargado de símbolos de ciudadanía, condenados ya a desaparecer entre las fauces del progreso tecnológico. La ciudad de hoy es distinta, es menos política (Entendiéndose eso como el desuso de los espacios públicos para el ejercicio político, antes normados por el estado o la comunidad), más corporal pero más distante. A cada vuelta de esquina nos encontramos con gente, extraños que comparten nuestros espacios sin la necesidad de comunicarse más allá de lo útil; nuestro vecino es un desconocido que alguna vez hemos visto tirando la basura en el contenedor, la compañera de trabajo es una mujer que comparte la misma oficina, pero que nunca hemos visto fuera de su traje gris paseando un día por el parque. La ciudad otorga el curioso beneficio de desaparecer, de ser alguien fuera de los establecimientos del control social, de una permisividad de actuar sin sentir el yugo de la moral de pueblo. La ciudad se emplaza sobre la confusión mestiza de la independencia personal y la difuminación de los límites entre lo público y lo privado. Lo privado se ha extendido a lo público (Innerarity, 2006), se ha desplazado a esos espacios destinados antes al bien común. Ha cedido el protagonismo a las individualidades que se comunican vagamente a través del uso cotidiano de espacios, confiriendo a las relaciones una practicidad digna de análisis.

La ciudad potencia la diferencia, la hace posible, la hace menos reprochable, pero no menos existente. Lo público referencia a esos sitios en los cuales la expresión de la diferencia se hace más

1 Loi, Marta. Entrevista registrada en diario de campo. 26/11/2011

tolerable, y a su vez tan expansiva que requiere de una mayor intención diferenciadora en un intento por tener un sentido de pertenencia ya no con los espacios sino consigo mismos. La *densidad* de una ciudad, según Innerarity (2006) tiene tres dimensiones: física (la relación del espacio edificado y la superficie de la ciudad), de población (número de habitantes por superficie) y social (frecuencia con la tienen lugar los contactos). Y en esa espesura que lo íntimo se pierde y se evidencia bajo un cristal distorsionador, como si tratase de una pantalla con miles de espectadores que no observan con detención porque no le interesa conocer al otro que habita ese espacio.

Es de gran interés para quien siempre ha vivido en un pueblo emigrar a la ciudad, escapar de la presencia panóptica de la convivencia con conocidos, zambullirse en el mar de extraños que merodean las calles, fundirse en un colectivo identificable que les permita ser quienes desean. El idilio a distancia con la gran urbe se caracteriza siempre por el anhelo de libertad de acción, se enraíza a los pies de los espíritus jóvenes en su siempre constante búsqueda de aceptación a la diferencia, en su amor a la ruptura constante de los cánones establecidos. Pero una vez insertos en el núcleo conspirador de la ciudad reconocen que está conformada por pequeños pueblos, por reducidas sectas de seres agrupados en comunión, así la quimera de una pertenencia a la masa se rompe en el choque directo con la disgregación; siempre contemplada como un beneficio de algún tipo de reconocimiento territorial, y todo vuelve a comenzar desde cero. *“Cada grupo ocupa un territorio diferenciado en la ciudad para facilitar la integración de los individuos.(...) Pero esa integración no es plena ni propiamente urbana, porque no configura una relación con los diferentes”* (Innerarity, 2006: p.117). La gran diferencia se halla en que estas asociaciones de hábitat no son siempre apegadas a factores de identificación colectiva, si bien la existencia de barrios marginales reúne a personas que en apariencia tienen modos de vida similares solo lo son en un contexto económico, lo mismo sucede con aquellos en los cuales confluye una gran cantidad de inmigrantes pertenecientes a las mismas zonas geográficas. No existe una moral común, ni actitudes comunes, ni intereses comunes, entre personas que provienen de lugares distintos y con situaciones de vida distintas.

La institucionalidad dentro de las ciudades sigue estando concentrada en los mismos espacios de poder homogenizador, aquello que parece tan reprochable de los pueblos pequeños permanece aún enclaustrado en la normalización de las instancias colectivas, los edificios públicos, los hospitales, los establecimientos educativos, los centros comerciales, ejercen el rol que en los pueblos es patrimonio de cada persona; el maestro de escuela, el panadero, o la familia. Es en esas instancias de lo colectivo normado que emerge ese pueblo reprochador y discriminador de lo diferente, que aún inserto en la ciudad contrarresta los intentos por obtener la preciada libertad de identificación.

La ciudad no deja de ser un espacio que favorece la diferencia, al menos desde aquellos espacios reconocidos como públicos, que como ya mencionamos antes son una extensión de lo privado. Acoge al diferente, le permite ser visto por otros y no le prohíbe ocupar aquello que es de todos, pero al mismo tiempo le abandona, le condena a la incomunicación y al contacto superfluo.

La ocupación de espacios públicos por parte de los jóvenes (plazas, parques, calles) es un indicador de que la fantasía de la aceptación en la ciudad está aún marcada por el término tolerancia, no es una aceptación que incluya una comprensión del otro; ¿Y cómo podría comprenderlo si no le conoce, si no hace falta más que la relación funcional ceñida a los roles de cada quien? Esos espacios se han denominado *“zonas de contacto”* (Pratt, 1992, en Burke, 2010), lugares de encuentro entre personas de culturas diferentes. Donde grupos distintos encuentran puntos en común, aún cuando no exista acuerdo sobre el significado general de aquello que se está intercambiando (Galison en Burke, 2010).

La tolerancia se asume como un deber cívico de los espacios públicos, pero no de los privados y mucho menos de los institucionalizados. Si asisten a puntos de encuentro en los cuales continúan siendo extraños entre la mayoría, es porque requieren hacer factible el sueño de la libertad individual. Y aún cuando el ideal de un espacio propio no se cumpla a cabalidad, suple en gran medida la ausencia de una real aceptación a lo distinto, porque son aquellos puntos de encuentro los que otorgan la posibilidad de que esas diferencias se camuflen en la igualdad de los distintos.

LA CULTURA DE LA DIFERENCIA

Muchos adolescentes hacen lo imposible por mimetizarse con su entorno: la moda, la música, los códigos del lenguaje son herramientas para pertenecer al grupo y para no sentirse diferentes de los demás, especialmente en el colegio e instituto. Los jóvenes de Carrer de Tallers sin embargo no viven la diferencia como algo *impensable* (Derrida, 1968), sino que la ponen de manifiesto con mucho orgullo y reivindicación, olvidándose de las etiquetas de identificación colectiva. Probablemente todos los jóvenes sean productores de Cultura Visual, pero no todos están al margen de los mecanismos de producción global. Hay quienes son espejo de nuestra sociedad; reflejando una imagen en apariencia distinta, y hay quienes son un *simulacro* (Baudrillard, 2005:1978) de lo que somos, una producción del mercado social. Gracias al crecimiento del mercado mundial está cada vez más cerca la idea de una cultura homogenizadora, aún cuando en lo individual persista la libertad de elección (Burke, 2010) será cada vez más complejo escapar de las influencias del efecto globalizador y hacer visibles las diferencias personales. La cultura homogenizadora, impulsada por los mercados y la estructura, sirve de aval y de maestro apoyando a aquellos que se autodenominan “normales” en su accionar de eliminación del par distinto.

Los chicos de Taller ocupan una plaza todos los fines de semana y se convierten por unos momentos en cuerpos que simplemente habitan el mismo espacio y tiempo, sin que nadie resienta su distinción, sin que nadie los mire mal, los insulte o se aleje de ellos pensando que son peligrosos. El sábado por la tarde no tienen que pensar en si el profesor de turno dirá algo sobre las mechas de colores y el peinado que llevan, en si la ropa que elijen es adecuada para ir a clase o para ir a una entrevista de trabajo. Encuentran su espacio de libertad en el cual pueden hablar de sus intereses, transgredir la norma estética y comportamental. La irreverencia con que emplean elementos estéticos de diversas ideologías, la combinatoria de estilos que nada tienen que ver con las imposiciones del mercado, la manifestación latente de una contraposición hacia lo heteronormativo y al yugo de las definiciones de género, es ante todo una muestra de lo que la sociedad deja fuera, en una propuesta visual que solo logra ser reconocida como tal en un espacio de asilo. Su encarnizado interés en no ser etiquetados se pone de manifiesto en la mezcla de estilos, que genera desazón a quien observa, pero que es una evidencia poderosa de aquello que desean conseguir. Ser tan distintos que ni siquiera puedan ser comparados con otros igualmente distintos.

“No me quiero encasillar. Si escucho mucho un cantante no significa que me voy a vestir como ese cantante. Lo que ves aquí es que cada persona mezcla como quiere lo que quiere”.²

Lo transcendental para la sociedad no es cuán de diferentes se ven los jóvenes con sus mechas de colores y sus piercing, sino que tras de lo excéntrico de su vestuario y sus actitudes aflora una ferviente intención por romper los esquemas. O una condición cognitiva, física, o sexual de *error*, que pueda hacer peligrar la estructura del poder hegemónico. Foucault (1966), en su charla sobre el

2 Loi, Marta. Entrevista registrada en diario de campo. 26/11/2011

cuerpo utópico, afirma que enmascararse, maquillarse, tatuarse es hacer que el cuerpo comunique con fuerzas invisibles: significa dar al cuerpo un lenguaje cifrado que hace que el sujeto pueda entrar metafóricamente en un lugar diferente. Estas modificaciones de naturaleza estética permiten que el cuerpo salga de su espacio habitual y pueda habitar otro.

En nuestras charlas con ellos hemos visto cómo ponen de manifiesto la diferencia de sus gustos, de aquello que les interesa en comparación con el adolescente medio. Cultura cinematográfica y musical no comercial, pasión por el mundo del manga, acercamiento a la política, no en el sentido de afiliación a alguna tendencia sino a la comprensión de lo que ocurre en la sociedad y en el mundo. Es importante para ellos dejar en claro que no se consideran iguales a los demás, que piensan tener una cultura diferente y superior. La forma de relacionarse entre ellos es muy afectiva y táctil, independientemente del sexo, salen de la heteronormatividad condicionada socialmente. Por estas razones aceptan su exclusión y en algunos casos llegan a definirse como *frikis* (extraño, extravagante, estrafalario, fanático). Personas específicamente interesadas hacia los temas de la denominada *cultura friki*: la ciencia ficción, el fantasy, el manga, los videojuegos, entre otros). Algunos de ellos vienen de pequeños pueblos de los alrededores de Barcelona en los que la situación de marginación se nota con fuerza. Podría ser el caso de un grupo de jóvenes de Reus, que se sentaba en uno de los bancos del centro de su pueblo y fue expulsado de allí por los locatarios de una tienda comercial porque alejaba la clientela. ¿La razón? Eran diferentes, raros, estridentes en un contexto en el cual todo es en apariencia políticamente correcto. No solo son discriminados o marginados en espacios públicos (que en los pueblos, barrios e instituciones continúa perteneciendo al colectivo regulador) sino además en las instituciones educativas por sus propios compañeros. Además varios de ellos manifestaron un desinterés por lo escolar, no solo por la relación con sus pares, sino también por los contenidos educativos (considerados aburridos y poco innovadores). Muchos de ellos deciden abandonar los estudios e intentar entrar en el mundo laboral.

Pero la cuestión no se resuelve. ¿A qué problemas se enfrentan a la hora de buscar trabajo? A parte de los problemas con los que todos nos enfrentamos en este momento de crisis, ellos deben contemplar el factor de discriminación por su estética. Ir a una entrevista vestido de una forma que se considera extraña no es recomendable en nuestra sociedad. A pesar de sentirse incómodos saben que en algunos momentos no pueden vestirse como quieren. Son obligados a desarrollar una capacidad de adecuación a la sociedad mayor, como lo hacen los otros adolescentes. Burke explica este mismo fenómeno de *adaptación* en el caso de los inmigrantes “*Lo que suele ocurrir es que muchos individuos (...) conviven con la cultura de acogida durante su jornada laboral y con su cultura tradicional durante su tiempo de ocio*” (2010: 56). Los jóvenes de la Plaza de Tallers, aún cuando no se sientan cómodos con su situación de adaptación son presionados a ocultar su estética frente a los poderes establecidos, sobre todo en instancias laborales, porque ya han vivido la segregación y prefieren dentro de sus posibilidades evitarla.

*“Cuando voy a alguna entrevista de trabajo me pongo ropa normal y me peino normal. Sé que tengo que hacerlo porque si no, no me dan el trabajo, pero no me siento yo”.*³

La Plaza de Carrer de Tallers juega un papel trascendental en la visualización de sus expresiones, es este sitio el que les otorga la posibilidad de expresar sin conflictos con el resto de la sociedad sus convicciones, afectividades e intereses. Aún cuando el grupo reunido es heterogéneo, y no necesariamente los chicos concuerdan en gustos estéticos y alternativas de vida, tiene en ese espacio lo

3 Loi, Marta. Entrevista registrada en diario de campo. 19/11/2011

necesario para desarrollarse en toda su amplitud y diferencia. El ser apoderada por ellos en determinadas horas del día y la semana, le confiere a la Plaza un carácter visualizador y unificador de las diferentes culturas que la comparten. No es solo el cuerpo, con su lenguaje y su vestuario, el que comunica una idea de cultura propia, sino además el espacio en el que interactúan. Los espacios tienen singularidades de dimensión física, iluminación, transitabilidad, permisividad, y visibilización, que influyen en la elección de los diferentes grupos y que conforme a sus intereses representan en mayor o menor medida alternativas de utilización.

Estos emplazamientos híbridos son parte de las culturas que acogen y convocan a otras, pudiendo fusionarlas a simple vista en una sola y hacer de la estética de representación una conjunción de tendencias y estilos. Son espacios a los que llegan y que ellos mismos crean debido al rechazo social, familiar o escolar. Las implicancias que conlleva el compartir espacios tiene como resultante una mixtura que supera lo visible, pues en este interactuar se reinterpretan elementos simbólicos y se resignifican conceptos ideológicos, dando paso a una cultura diversa, ambigua y fluctuante. Es en esa obligatoriedad de emigrar que los jóvenes usan otros espacios, y prefieren lugares públicos porque tienen la certeza de estar visibilizando una realidad que aqueja a muchos, quieren ser vistos, pero sintiendo la protección de estar entre semejantes.

APUNTES AL CIERRE

Aun cuando nuestro interés no estaba dirigido a proponer algo concreto de aplicabilidad en el ámbito educativo, nos parece una buena instancia para hacer partícipes de esta experiencia a quienes están abocados a ello. Una de las principales características que pudimos reconocer en los jóvenes de Tallers fue la sensación de rechazo en sus centros de formación. Es decir, su incomodidad se hace patente estando en espacios normados e intentando compartir con otros jóvenes que sí siguen las estructuras sociales. Estos chicos y chicas no sienten aversión por aprender, muy por el contrario, se identifican como cultos y muy capaces, y así mismo reprochan a la sociedad la aislación a que los someten. Muchos de ellos no vestían de esa forma antes de llegar a la Plaza, fueron desplazados por no tener una conducta adecuada; muy tímidos, demasiado alegres, moleestamente críticos, desconcertantemente creativos, etc. La estética puede ser considerada generadora o resultante de su diferencia con otros, es definitivamente lo más ostensible, pero no necesariamente el único objeto de análisis.

Trabajar desde la Cultura Visual es una propuesta que amplía las posibilidades de encontrar conexiones entre la multiplicidad de acciones humanas, pero no todo es novedad. En todos los períodos históricos ha existido una nueva tecnología (revolucionaria y que ha girado en 180 grados la faz de la tierra), los jóvenes han sido siempre rebeldes, a los adultos nos han parecido complejos, incomprensibles e intratables. Así mismo han sido reconocidos como creativos e innovadores, y alguien se aprovechado de su capacidad de vanguardia, aunque por supuesto no con los alcances mundiales de hoy. Si sigue existiendo esa necesidad de decodificar la juventud es porque aún no hemos asumido que la rigidez de nuestra estructuración social deja fuera al distinto; disminuye al joven y al viejo, engrandece al que sigue las normas, impermeabiliza al adulto, y se rige por la ley de la propiedad más que por la ley de pertenencia.

Es necesario educar desde la Cultura Visual, como también lo es desde la crítica al mercado usurpador. Y de la misma forma en que no podemos olvidar que somos seres sociales, podríamos considerar el retornar cíclicamente a los discursos de ordenamiento para contrarrestar los poderes de opresión con el diálogo y la reflexión.

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, I., OLAIZ, I., ARRIAGA, A., VIVADOR, M. (2010) *Educación artística. Estudios sobre jóvenes productores de cultura visual: un estado de la cuestión*. 13-15 de septiembre (on line) http://www.adeepra.com.ar/congresos/Congreso%20IBEROAMERICANO/EDUCARTISTICA/RLE2309_Olaiz.pdf. (Consulta: 15/03/2012)
- BAUDRILLARD, JEAN. (2005). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós. (Versión original 1978)
- BAHRDT, HANS PAUL. (1970). *La moderna metrópoli. Reflexiones sociológicas sobre la construcción de las ciudades*, EUDEBA, Buenos Aires.
- BURKE, PETER. (2010). *Hibridismo cultural*. España: Ediciones Akal.
- CARLI, SANDRA. (1999). *La infancia como construcción social*. Barcelona: Paidós.
- DREYFUS, H. Y RABINOW, P. (1983). *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Chicago University Press.
- FOUCAULT, MICHEL. (2010). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Claves
- HERNÁNDEZ, FERNANDO. (2010). *Educación y cultura visual*. Barcelona: Octaedro
- HARAWAY, DONNA. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- INNERARITY, DANIEL. (2006). *El nuevo espacio público*. España: Espasa
- MIRZOEFF, NICHOLAS. (2003). *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona: Paidós.
- SIMMEL, GEORGE. (2010) *El individuo y la libertad. Ensayo de crítica de la cultura. Las grandes urbes y la vida del espíritu*. Revista de Estudios Sociales (Colombia), octubre 010. pp. 107-109.
- WALKER, J. Y CHAPLIN, S. (2002). *Una introducción a la Cultura Visual*. Barcelona: Octaedro –EUB.